

Arcángel, el antimanierista

ABC | 31 de Diciembre de 2007
ALBERTO GARCÍA REYES

FLAMENCO «Zambra 5.1» Cante_ Arcángel. Guitarra_ Daniel Méndez, Miguel Ángel Cortés. Percusión_ Chico Fargas. Piano_ Dorantes. Baile_ Pastora Galván. Teatro de la Maestranza. 29 de diciembre de 2007. Lleno.

Nada hay más bello en el arte que el desprecio al manierismo, a la copia exagerada y maniquea de una estética. Nada hay más dañino que el corsé inmovilista de quienes se asfixian de hueras nostalgias. Por eso hoy voy a arrodillarme ante Francisco José Arcángel Ramos. No porque haya cantado bien en el Maestranza, que a lo mejor ahí habré de buscarle las cosquillas. Voy a hacerle una genuflexión porque tiene la valentía que se le exige a cualquier artista que diga serlo. Porque tiene la honestidad suficiente como para saber mirar a su espalda y reconocer quiénes trazaron el verdadero camino antes que él. Porque se implica en sus ideas hasta provocar incluso las iras de quienes no tienen ideas. Mejor dicho, de quienes no tienen ni idea. Arcángel ha rebuscado en el repertorio de Caracol hasta encontrarse a sí mismo, a su esencia. Huye descaradamente de la copia burda. Corre hacia su verdad a partir de las verdades del genio de la Alameda. Y protesta. Levanta la voz contra quienes han querido ponerle puertas al campo, contra quienes han tratado de imponer sus leyes y sus cadenas en el único sitio en el que es posible la auténtica libertad: el Arte. De antemano escribo que el espectáculo podría estar más pulido, sobre todo en el aspecto audiovisual, pues hay una evidente falta de hilazón entre las proyecciones y el cante. No sé, por ejemplo, qué sentido tiene el toreo de Javier Conde en el resultado final de la obra. Y me pierdo en las imágenes que ilustran su cante por saeta. Sobre una letra para una dolorosa aparece un crucificado sobre el que se yuxtaponen secuencias de musulmanes y africanos. Vaya por delante también que en algunos cantes Arcángel abusa de su tesitura y se exprime hasta donde ya no queda jugo. Maldita dictadura de la cejilla al siete. Pero ha enganchado a Caracol por los tuétanos, se lo ha bebido como dicen las normas que hay que hacerlo: para entenderlo, para asumirlo y para, finalmente, olvidarlo. Sólo en la malagueña del Mellizo que hace con el piano de Dorantes se arrima con descaro a la referencia caracolera que habita en nuestras memorias. El resto del espectáculo es una puesta en valor del repertorio de don Manuel Ortega Juárez, uno de los cantaores más importantes que ha tenido el flamenco en toda su historia. O más que eso: uno de los más colosales compositores andaluces de todos los tiempos. Incluso podría decirse que todo el espectáculo tiene a Caracol como excusa para la defensa de la libertad creadora. Arcángel aborda su repertorio con pelos y señales. Desde la seguriya de los días señalaitos de Curro Durse hasta la saeta por seguriyas con cambio a martinete, pasando por la soleá, donde, como mucho, busca los matices caracoleros por Alcalá y Cádiz. Tres cantes que rememoran la actuación del niño Manuel Ortega el día del Corpus de 1922 en Granada. Cantes opuestos a los fandangos, alegrías y bulerías de su época posterior. Por cierto, el arropo de las dos guitarras fue exquisitamente compensado en esta parte de la obra: Méndez mirando hacia el frente; Cortés mirando hacia Melchor de Marchena. Después vinieron las zambras —demasiadas— y el baile faraónico de Pastora Galván. Hubo espacio incluso para la exhibición tecnológica. Pero parece que nada de esto tiene importancia frente al vídeo en el que aparece un loco encapuchado clamando contra la heterodoxia caracolera. Arcángel se opone ahí al manierismo. Por favor, léase bien donde está puesta cada letra: manierismo. Lo dijo en su última letra: «Si tú mirabas p' delante y yo miraba p' atrás, con darnos los dos la vuelta nos volvemos a encontrar». Demasiada gente todavía necesita darse la vuelta en el flamenco de hoy.